

Corpus Christi

Homilia del Sr. Cardenal Mario A. Poli

28 DE MAYO DE 2016

Los panes y peces de la compasión

En el Evangelio de San Lucas (9, 10-17) que acabamos de escuchar, la multiplicación de los panes es el comienzo de una respuesta a la pregunta que hace el rey Herodes sobre Jesús: «¿Quién es este del que oigo decir semejantes cosas?».

Jesús acaba de enviar a sus discípulos a una misión: «Los envió a proclamar el Reino de Dios y a sanar a los enfermos, diciéndoles: “No lleven nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tampoco dos túnicas cada uno”» (Lc 9,2). Con esa austeridad de medios, incómodos o no, los discípulos lo siguen porque es tal la atracción de la persona de Jesús, así como su persuasivo modo de enseñar el Reino de Dios. Han sido cautivados, hasta el punto de dejarlo todo por seguirlo. Hombres que ganaban el pan con sus trabajos y oficios, ahora vivirán de lo que les den. Es una experiencia de desprendimiento que no habían tenido hasta el momento. Confían en el *rabí* que los eligió y los enamoró con su doctrina basada en el amor misericordioso de su Padre Dios. Así se presentaron: «De pueblo en pueblo, anunciando la Buena Noticia y curando enfermos en todas partes» (Lc 9,6). Seguir a Jesús es transitar un camino de nuevas enseñanzas y continuas sorpresas, como las que vivieron al regresar de la misión. Cuando volvieron al lado de su Maestro, los Apóstoles le cuentan los milagros que habían hecho en su nombre. Si bien se retiró a solas con ellos, la intimidad duró poco, porque la misión despierta el deseo de seguir a Jesús, y una gran multitud –sin medir esfuerzos ni riesgos–, había seguido al Señor para escuchar su Palabra, porque nunca habían oído hablar así (cfr. Jn 7,40).

Jesús acepta la demanda de la gente, la recibe y les enseña acerca del Reino de Dios. El anuncio siempre lo realiza con palabras y gestos, con parábolas y milagros, y aquel día «devolvió la salud a los que tenían necesidad de ser sanados» (Lc 9, 11). La compasión del Señor alcanza dimensiones insospechables, porque de la misma manera que los instruyó y los sanó, ahora les va a dar de comer.

Es tarde, en un lugar desierto y son cinco mil personas las que no tienen alimentos. Queda en evidencia que los discípulos se sienten desbordados ante esas circunstancias: ofrecen cinco panes y dos peces, poca cosa para tantas bocas. Como nos tiene acostumbrado, Jesús toma la iniciativa, y con lo poco que le ofrecen, Él hace mucho. Y así como su Padre Dios en los tiempos del éxodo alimentó con el maná bajado del cielo al pueblo en el desierto, ahora Jesús se dispone a alimentar al nuevo pueblo de la Alianza en iguales circunstancias. Al tomar los alimentos en sus manos, elevar los ojos al cielo, pronunciar sobre ellos la bendición y partírlos y repartírlos a sus apóstoles, adelanta los gestos y palabras sacerdotales que Jesús repetirá en la Última Cena y primera Eucaristía. Todo señala que una vez más, Dios no abandona a su pueblo en la necesidad y los provee de alimentos en el desierto. No caben dudas de que se trata de un milagro, –porque no es por gestión humana–, sino que este alimento viene de Dios y emana de la misma fuente que es su compasión misericordiosa, siempre atenta a las pequeñas y grandes

necesidades de sus hijos. «Este es el pan de los ángeles convertido en alimento de los hombres peregrinos, es el verdadero pan de los hijos» (*Secuencia*).

Cada vez que celebramos la Misa, el Pueblo de Dios y los sacerdotes somos testigos de un milagro similar al de la multiplicación de los panes y los peces que acabamos de comentar. Los fieles siguen al Señor y tienen hambre eucarístico. El sacerdote, que hace las veces de Cristo, eleva los ojos al cielo y con la fe toca a las puertas y clama al Dios misericordioso para que mande su Santo Espíritu sobre las ofrendas presentadas en el altar, para que Él transforme el pan en Cuerpo de Cristo y el vino en su Sangre. Lo que toca el Espíritu Santo queda santificado y todo lo transforma (cfr. *Catequesis de San Cirilo de Jerusalén*).

El pan que Jesús partió para dar de comer a la multitud es un anticipo de su realidad: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Quien come de este pan, vivirá eternamente» (*Jn 6,51*). La Eucaristía es un banquete en el que comemos con Cristo, comemos a Cristo, somos comidos por Él (San Agustín). Al participar del banquete del cielo, tan generoso y abundante, y sin tener en cuenta nuestras miserias, nos comprometemos a preparar banquetes para los más pobres de la tierra: compartir con ellos es el mejor modo de reconocer en los hermanos el rostro de Jesús (*CCE 1397*). Siempre se puede hacer algo más por el prójimo, que la pura declamación de intenciones y promesas incumplidas.

«Yo soy el pan vivo». Y también: «Yo soy la puerta de las ovejas. El que entra por mí se salvará; podrá entrar y salir, y encontrará su alimento» (*Jn 10, 7.9*). La Puerta Santa de nuestra Catedral que hoy trasapamos lo representa a Él. Y al entrar por Él, nos comprometemos a asimilar su modo de ser, de amar, de compadecerse de nuestras debilidades y de perdonarnos.

Celebremos y descubramos en la belleza y verdad de este Sacramento «la memoria del inmenso y sublime amor que Cristo mostró en su pasión» (Santo Tomás de Aquino), la manifestación incondicional de la fidelidad a su plan de salvación (*GS*). Y si el misterio nos pasa por encima, acudamos a la Virgen Madre, porque el Cuerpo y Sangre que recibimos en la Eucaristía sabe a María; el Verbo Divino tomó de Ella la carne de su bella humanidad maternal (San Efrén El Sirio) y conserva íntegro el ADN materno. Ella es Madre de Misericordia por haberse convertido en el primer Sagrario viviente del Niño Dios, el que vino a revelarnos el rostro misericordioso del Padre. Que la Virgen María siempre nos reciba en el umbral de la Puerta Santa y así podamos escuchar el consejo que nos dejó en Caná: «Hagan todo lo que Jesús les diga» (*Jn 2, 5*).